



MARTA REBÓN

Para Pilniak, el zorro era el dios de los escritores. Es más, si el espíritu del zorro penetraba en un individuo, afirmó, toda su estirpe quedaba maldita. Hijo de veterinario, Pilniak creció rodeado de naturaleza, el lugar por antonomasia, para él, del sentir genuinamente ruso, antagónico de las ciudades, donde se concentraba el poder y la opresión. No es la única metáfora animal que encontramos en su obra, siempre alegórica: la Revolución la asociaba con el lobo. A principios de 1924, en plena resaca de la guerra civil, escribió a Yevgueni Zamiatin –autor de la obra maestra *Nosotros*– que el caos reinante le había hecho olvidar qué era la literatura y cómo escribir: “Al echar cuentas, resulta que Rusia no ha cambiado en cien años: Rusia no está en Moscú o en San Petersburgo, sino allí donde no hay gente, sólo animales.” Pocos días después de redactar esa carta, Lenin murió. El péndulo del poder basculaba entre unos y otros siguiendo leyes inescrutables hasta que alguien con su puño de hierro –el zorro más pérfido– detuvo su movimiento. Pero, ¿por qué un zorro? ¿Qué cualidades tiene esta bestia que hicieran de ella la

más idónea de entre todo el reino animal para que se postraran ante ella los futuros “ingenieros del alma”, como calificaba Stalin a los escritores?

Después de su primer viaje a Japón, a finales de 1926, Pilniak compuso *Un cuento sobre cómo se escriben los cuentos*. En él proclamó que, como dios de la astucia y la traición, el zorro era el dios de los escritores. Así pues, el zorro debería ser, igualmente, el dios de los traductores. ¿Astutos? Es condición necesaria, no tienen más remedio. ¿Traidores? El famoso dicho acerca de los trujamanes lo deja claro. En Kobe, Pilniak visitó un templo dedicado a las criaturas vulpinas en lo alto de una de las montañas que rodea la ciudad. En el zorro [*kitsune*], dotado de poderes sobrenaturales en el folclore japonés, se proyectan atributos humanos como el orgullo, la astucia y la vanidad. Cuando escribió su reflexión, Pilniak ya se había retractado públicamente de *El cuento de la luna inextinguible*, inspirado en la muerte del dirigente bolchevique Mijaíl Frunze en las mismas circunstancias que su personaje de ficción, Gavrilov. La nueva camada de zorros había enseñado los colmillos al escritor por insinuar que un misterioso “hombre que no se encorva” había actuado entre bambalinas para que el paciente se quedara en la mesa de operaciones, de la que saldría con los pies por delante. En cuanto al “hombre que no se encorva”, era de todos sabido que Stalin, para disimular su baja estatura, solía mantener la espalda muy erguida.

No es justo cargar sobre los hombros de Pilniak la culpa del fatal error de cálculo al escribir un tex-

to de lesa majestad que sellaría su destino, fatídico, con efectos retroactivos una década después. Los acontecimientos se sucedían a una velocidad endiablada. “Cualquiera que no haya visto Rusia en seis meses no la reconocería”, le escribió a Gorki, instalado entonces en Italia. Cuando en octubre de 1925 murió Frunze, al día siguiente corrieron ya los rumores de un homicidio encubierto. ¿De verdad surgieron problemas con la anestesia? ¿Por qué se le había sometido a una intervención que la autopsia reveló innecesaria? Frunze, una vez ya apartado Trotski, era un peso pesado del aparato que rivalizaba con la troika de Stalin. A principios de enero, Pilniak escribió *El cuento de la luna inextinguible* siguiendo su propio credo artístico —escribir lo que se piensa, se sabe y se ha visto—, y a finales de ese mes añadió una nota aclaratoria, tal vez a petición de los editores de *Novi Mir*, que provocaría el efecto inverso. Pilniak, que había conquistado su celebridad con *El año desnudo*, se codeaba con escritores y dirigentes de la Revolución... ¿Cómo no iban a publicar su obra? Al fin y al cabo, en enero Stalin todavía era uno más en la pugna por el poder. En marzo se imprimió el quinto número de la revista, y la policía secreta frenó su distribución. La tirada completa se destruyó, y se imprimió otra, esta vez ya sin el relato de Pilniak. Los ataques virulentos contra él se desataron por “la más cruda de las perversiones de los trágicos acontecimientos”. Escribió un texto retractándose a su vuelta de Japón, el 25 de noviembre, que se publicó en el primer número de *Novi Mir* del año siguiente. Todo según el guion establecido. Stalin, no obstante, saldaría cuentas con él una noche de 1937, cuando un “cuervo ne-

gro”, el sobrenombre que se les daba a los furgones de la policía secreta, aparcó junto a la puerta de su dacha, mientras celebraba el tercer aniversario de su hijo pequeño, y se lo llevaron. Como represaliado, su stirpe quedó maldita. Tanto su tercera mujer como la segunda fueron enviadas al Gulag, y en los documentos de sus vástagos se estampó: “hijos de un enemigo del pueblo”, hasta que se produjo su rehabilitación en la década de 1950. ¿Era Pilniak consciente de que estaba dando voz literaria a las sospechas que insinuaban un homicidio encargado por parte de Stalin? ¿De que su relato se convertiría en poco menos que una profecía del que sería el *modus operandi* a gran escala del mandatario en los años venideros; esto es, el sometimiento por la vía de la aniquilación? El texto hereje de Pilniak no se volvió a publicar en Rusia hasta 1987 por ser proclamado un autor maldito, a quien el Saturno con botas de caña alta devoró como a uno de sus hijos. Fue de los primeros en caer en las purgas y de los últimos en volver a las librerías. Qué falta de visión tuvieron él y Zamiatin, cuando el segundo comentó sobre los barcos de artistas e intelectuales que Lenin despachó al exilio en 1922: “Valoramos tanto a los escritores en este país que incluso los exportamos.”

Aunque ésta sea mi primera lectura de *El cuento de la luna inextinguible*, la literatura rusa es tan autorreferencial que no me ha sido difícil tirar del hilo hasta encontrar un momento, hace nueve años, en el que la sombra de Pilniak se cruzó por partida triple en mi camino. En una maleta me llevé para traducir a Quito, donde viví más de un año, *La inundación*, de Zamiatin, *El doctor Zhivago*, de

Borís Pasternak, y *Una saga moscovita*, de Vasili Aksiónov. Los dos primeros eran amigos de Pilniak, mientras que el tercero pertenecía a la última generación de escritores soviéticos expulsados. Sin embargo, tal fue el impacto de *El cuento de la luna inextinguible* en su momento que el suceso se cuela al principio de su novela de 1.200 páginas. Todo empieza con el episodio de Frunze: los dolores estomacales, las presiones de sus camaradas para convencerle de que se someta a una operación, en especial Stalin. “En torno al Kremlin siempre circulaban no menos rumores falsos y chismes que golondrinas se cernían alrededor de sus torres en un bello día de verano”, describe Aksiónov. El protagonista, Grádov, es un médico del ejército que ha elaborado un método para reducir riesgos en las anestias para las cirugías abdominales. Qué fácil es, se da cuenta, ocultar un asesinato mediante la mezcla de cloroformo y éter. Más tarde, Nina, la hija, se presenta exaltada en la dacha con un ejemplar de *Novi Mir*. “¿Por qué la *Luna* ha causado tanto alboroto?”, pregunta alguien. “¿Os acordáis del otoño pasado? ¿De la muerte del general Frunze en el hospital? Pues bien, no lo he leído todavía, pero el relato trata precisamente de eso, Pilniak alude a circunstancias sospechosas...”, explica Nina, mientras se hace un silencio sepulcral en el comedor.

Pasternak era vecino de Pilniak en Peredélkino, la colonia de escritores en las inmediaciones de Moscú. El futuro premio Nobel fue uno de los pocos que lo defendió en 1929 cuando Pilniak, con *Caoba*, y Zamiatin, con *Nosotros*, fueron el blanco de una campaña de difamación por haber publicado en el

extranjero. No era una práctica inhabitual. De ese modo, los autores soviéticos conservaban sus derechos de autor sobre sus obras. Nadie había leído *Caoba*, pero eso era irrelevante para sus detractores, que se le lanzaron al cuello. Querían apartarlo a toda costa de la presidencia de la Unión Panrusa de Escritores en Moscú, y hacer lo propio con Zamiatin, que lo era de Leningrado. Ambos habían apoyado la Revolución, pero su adhesión no era total. Maiakovski, que tampoco había leído *Caoba*, sentenció: “El mero hecho de entregar un arma, esto es, una obra literaria terminada, a la prensa blanca refuerza el arsenal de los enemigos.” La última obra que escribió Zamiatin antes de emigrar a Francia fue *La inundación*, en la que una crecida del río Nevá parece lavar todos los pecados de Leningrado. En la carta que éste le dirigió a Stalin para que se le permitiera salir de Rusia, Zamiatin ponía el ejemplo de Pilniak, que había viajado por todo el mundo antes de caer en desgracia. Una de las mayores causas de la sensación de opresión es que no había un criterio claro para los castigos.

¿Qué significa la luna, que aparece veintiuna veces, en el cuento de Pilniak, que también lo cierra? La luna patina, muere, corre, se agita, persigue, se asusta... Al autor le gustaba el misterio. La luna, el único satélite natural de la Tierra, puede ser esa observadora que es ajena a la escala del tiempo humana, que ve pasar ante sí a las generaciones de hombres y mujeres que la apuntan con el dedo. O el símbolo de toda una época, pues Stalin, con “la ventanita iluminada del Kremlin”, se pasaba las noches en vilo, mientras la ciudad dormía. Pilniak

no podía evitar creer que en la literatura rusa había espacio para todos, que era una cuestión de adaptarse a los cambios, pero, por encima de todo, para él, estaba el valor de la voz individual y el efecto dañino de imponer directivas. Al final todo se le volvió en contra: *El cuento de la luna inextinguible*, *Caoba*, su ascendencia alemana y judía, los viajes a Japón, la amistad con Rádek y Trotski, su adhesión moderada al ideario soviético, el respeto a la tradición literaria, la crítica a la burocracia, la defensa de los campesinos reacios a la colectivización, tal vez incluso su aspecto de dandi o de profesor de Cambridge, como Zamiatin. Ni siquiera parecía un revolucionario. “El escritor son los ojos que ven lo que no es habitual –decía a los aprendices de literato–, y su deber es encontrar lo más característico, lo más exacto que haya podido encontrar. ¿Recuerdas a Chéjov? El cuello de la botella centellea en la oscuridad, y en esto se resume la descripción de una noche de luna.”

*Barcelona, octubre de 2019*